

# UNIDAD EN LA DIVERSIDAD EN LA CORRESPONSABILIDAD EDUCATIVA



**María Nieves Tapia\***

*“Seguir avanzando juntos, laicos y religiosas, creyentes y no creyentes, todos los que compartimos la misión educativa en la corresponsabilidad”*

## I- CUATRO CONCEPTOS FUNDANTES

En la definición de este desafío se habla de complementariedad y corresponsabilidad. Considero importante enmarcar estos conceptos en una secuencia de cuatro términos que intentan expresar lo más esencial de este desafío desde el punto de vista espiritual y pastoral: fraternidad, complementariedad, reciprocidad y unidad.

### I.1.- FRATERNIDAD:

Cada vez que en la Iglesia enfrentamos la necesidad de renovarnos, tenemos necesidad de volver a las verdades más sólidas y más básicas, esas que aparecen como demasiado sabidas y que a veces salteamos demasiado rápido.

En lo más esencial de nuestra concepción de qué es una comunidad, está el hecho de que Dios es Amor, y todos somos sus hijos y hermanos entre nosotros. (Cfr. I Jn. 2 - 4) Este reconocimiento de nuestra fundamental identidad fraterna tendría que estar siempre por encima y como base de toda consideración de cuál sea nuestra gracia de estado, nuestro estado civil, la edad que tengamos: somos todos hijos de un mismo Padre, y por lo tanto sujetos a la misma dignidad del Amor.

En la organización de la convivencia en una congregación o en una escuela ciertamente necesitamos de estructuras, instituciones, ordenaciones, autoridades, pero esta idea básica de constituir una sola familia se puede perder de vista, en cuyo caso tampoco termina de quedar claro por qué un musulmán, un ateo, un laico, un niño, una niña, son básicamente y antes que nada nuestros hermanos.

### I.2.- COMPLEMENTARIEDAD.

Que seamos todos hermanos no significa que seamos idénticos, y por lo tanto nuestros aportes nos “completan” recíprocamente. A veces perdemos de vista que todos tienen algo que aportar a la comunidad y que aún aquellos que en términos humanos o profesionales puedan parecer “menos” –los pobres destinatarios de nuestros servicios, los niños más pequeños, los padres menos involucrados...-, todos tienen algo específico que aportar al concierto de la comunidad.

La idea de complementariedad plantea un desafío especial en el plano de la inevitable convivencia de puntos de vista y de ideas diversas dentro de la comunidad. Se corre el riesgo de considerar las diferencias como “amenazas” más que como oportunidades de enriquecimiento. A menudo se intenta mostrar que quien no piensa lo mismo que yo está “desviándose” o excluyéndose de la comunión; lo difícil es

---

**\* Coordinadora del Programa Nacional Educación Solidaria del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, y Directora académica del Centro Latinoamericano de Aprendizaje y Servicio Solidario (CLAYSS). Buenos Aires (Argentina)**

reconocer que el “esplendor de la Verdad” de Dios es algo que sólo podemos alcanzar en comunión de amor con los hermanos (Cfr. Jn. 17, 21-26) La aceptación y acogida de la diferencia como algo enriquecedor de la comunión es un ejercicio necesario y difícil. A menudo nos resulta mucho más sencillo acoger y comprender a los más alejados de nuestras convicciones (diálogos ecuménicos, con personas ateas, etc.) que a una religiosa o docente que manifiesta sus diferencias de opinión.

Para que la complementariedad pueda realizarse, deberíamos cultivar toda una ascética del reconocimiento y la valoración de la diferencia. Jesús dice “si Dios hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre buenos y malos por qué ustedes hacen acepción de personas?” Por supuesto, tenemos que partir de la tolerancia de la diferencia. El mismo San Pablo se los recomendaba a los primeros cristianos: “Toléransen los unos a los otros...” (Col. 3, 13) porque seguramente también en la comunidad primitiva había que soportarse mutuamente.

### **I.3 RECIPROCIDAD.**

Un paso de profundidad a partir del reconocimiento y valoración de nuestra radical fraternidad y de nuestra necesaria y valiosa complementariedad en la diferencia, es la posibilidad de alcanzar relaciones según el Mandamiento Nuevo: “*Ámense recíprocamente*”.

Una eclesiología de comunión seriamente vivida requiere el volver a insistir en este vínculo crucial del Mandamiento Nuevo: “*Ámense los unos a los otros como Yo los amé*” (Jn. 15, 12) Este vínculo de amor recíproco es el que nos hace merecedores de la presencia de Jesús en medio nuestro, presente entre los suyos también hoy: “*Dónde dos o tres están unidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos*”. (Mt. 18, 20)

En la historia de la Iglesia ha habido momentos en donde la presencia de Jesús en la Eucaristía, en la celebración litúrgica, tomó una centralidad tan fuerte que de alguna manera se desdibujaron otras “presencias” que habían sido centrales en la experiencia de la Iglesia primitiva, como la presencia de Dios en su Palabra, la presencia de Dios en el hermano...

La presencia de Jesús, “en medio” de la comunidad que se amaba recíprocamente, era una presencia muy claramente vivida, presente y advertida incluso sensiblemente en la Iglesia primitiva, en ese “calor del corazón” que sienten los discípulos en Emaús (Lc. 24, 32) La institucionalización de la vida de comunidad puede hacer perder de vista esta presencia real prometida por Jesús, tan prometida y real como la presencia eucarística, y que de manera similar, requiere de una preparación espiritual para ser merecida.

Ejercitarse en el reconocer la presencia de Jesús en medio nuestro, poder reconocer cuando estamos conviviendo en el amor recíproco y cuando lo perdimos y hay que reconstruir Su presencia entre nosotros, es una dinámica comunitaria válida tanto para las religiosas como para las y los laicos, y central para una relación de comunión real entre todos.

### **I.4 UNIDAD.**

Jesús en la última cena dice: “Padre te pido que sean uno para que el mundo crea”. Jesús establece una causalidad directa entre la unidad y la credibilidad de la Iglesia. El escándalo de nuestras divisiones no se agota en los cismas: nuestras disputas internas en las comunidades no tienen a veces nada que envidiar al peor de los enfrentamientos políticos. Esto es motivo de escándalo para los que creen y los que no creen.

Privilegiar lo que nos une por encima de lo que nos separa; valorar la diferencia como riqueza; invertir el mayor de los esfuerzos para que en la comunidad educativa reine la auténtica unidad, no son cuestiones teóricas. Son parte de la vida cotidiana

de la comunidad cristiana, y la única garantía de auténtica renovación en el Espíritu y de credibilidad ante quienes no creen.

A partir de este marco conceptual quisiera plantear básicamente dos niveles de realización de la unidad: la unidad entre aquellos que –laicos o consagrados– comparten la fe en Cristo, y la búsqueda de relaciones fraternas y evangelizadores en el conjunto de la comunidad educativa, más allá de que se comparta o no la fe católica.

## **II - LAICOS, LAICAS Y RELIGIOSAS: HACIA LA EFECTIVA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD DE CARISMAS Y LLAMADOS.**

### **II.1 – PERSPECTIVA HISTÓRICA: “APRESURARSE” CON LA PACIENCIA DE LOS “TIEMPOS LARGOS”**

A lo largo del documento del Capítulo se reitera la palabra “*apresurarse*”, y creo que es sumamente pertinente pensar que hay que apresurarse a encarar un cambio eclesial anunciado en el Concilio Vaticano II hace ya casi 40 años, expresado en la *Christi fidei laici* y en la reforma del Código Canónico, pero que todavía falta que se encarne en la vida cotidiana del Pueblo de Dios: la valoración del ser y misión del laico y la apertura de nuevas formas de comunión eclesial con los *Christi fidei* consagrados.

“Apresurarse” a hacer vida los mandatos del Concilio es nuestra responsabilidad, pero es importante tener conciencia de que los tiempos de la Iglesia son siempre tiempos “largos”. El historiador francés Fernand Braudel sostiene que hay cambios históricos que se producen en tiempos “cortos”, otros que se producen en tiempos “medios” o coyunturales, y algunos en tiempos “largos” o estructurales. En tiempos cortos cambian los gobiernos. En tiempos medios cambian las coyunturas socioeconómicas, pero las mentalidades cambian siempre en tiempos largos, que pueden llevar siglos... Braudel ponía como ejemplo que un pueblo puede cambiar muy rápidamente de gobierno, incluso puede cambiar de forma de gobierno en un año o dos, pero el modo de celebrar el culto y de enterrar a sus muertos puede tardar miles de años en cambiarlo.

En la Iglesia, por definición, siempre los grandes cambios se dan en tiempos largos. Desde el medioevo, la Iglesia definió a la vida consagrada como el “estado de perfección”, lo que relegaba a la vida laical a la condición intrínseca de “imperfección”. Es necesario reconocer que sólo a fines del siglo XIX y principios del siglo XX comenzó un redescubrimiento de la vocación laical, movida primero por la intervención del Espíritu Santo a través de carismas centrados en la valoración del rol de los educadores laicos (Don Bosco), del trabajo humano (Escrivá de Balaguer), y de la llamada universal a la santidad con María como modelo (P. José Kentenich, Chiara Lubich), por citar sólo algunos. El Vaticano II recogió esa experiencia en su eclesiología del Pueblo de Dios (*Ecclesiam Suam*), y Juan Pablo II le dio un decidido impulso con el Sínodo sobre los Laicos y la *Christi fidelis Laici* (CL), así como con la reforma del Código Canónico, que abrió la posibilidad de nuevos roles en la Iglesia para laicos y laicas.

Para los tiempos de la Iglesia, medio siglo es un tiempo “medio” o “corto”. Por ello creo que es necesario encontrar un sano equilibrio entre el necesario “*apresurarse*” –porque le toca a nuestro tiempo este paso y lo que no hagamos retrasa o dificulta que se pueda encarnar este llamado del Espíritu– y por otro asumir que todo lo que hagamos dará fruto pleno en tiempos largos.

En este sentido hay que tener conciencia de que la visión del Vaticano II de la Iglesia como Pueblo de Dios, de la Iglesia como comunión entre todos los *Christi fidei*, laicos o consagrados, se encarnará en un proceso histórico. Es necesario superar vivencias que vienen de muchos siglos, que no se superan de un día para otro, y se

requiere de la adecuada reflexión sobre esas vivencias. Justamente porque son vivencias culturales muy establecidas son lo que muchas veces consideramos “normal” y al no detenernos a cuestionarlas nos impiden cambiar.

Hay laicos que actúan como si valorizar la vocación laical fuera como la “lucha de clases” o una disputa sindical. Sostienen que la vocación de los laicos no se realiza porque los obispos no le dan espacio, porque se discrimina a las mujeres, porque el Papa, porque los curas... Seguramente es cierto que hay actitudes que tienen que cambiar desde el lado de la jerarquía y de los religiosos, pero también hay cosas que no cambian por actitudes de los laicos, que perpetúan posturas de dependencia extrema, de imitación de roles que no son los propios, de confrontación innecesaria, de falta de iniciativa y creatividad para responder a los desafíos de la realidad...

Desde el lado de los religiosos hay inercias que tienen que ver con la formación religiosa misma. El ser y misión del laico normalmente no es motivo de estudio en la formación religiosa. Los carismas que el Espíritu Santo ha derramado sobre los movimientos laicales del último siglo no son normalmente motivo de estudio ni en los seminarios ni en los institutos de formación religiosa. El desconocimiento sobre la vocación laical, sobre los nuevos campos abiertos a su acción en la vida pastoral por la reforma del Código Canónico, pero -sobre todo- sobre el ser y misión del laico es todavía demasiado grande.

Y sin embargo, uno de los grandes legados de Juan Pablo II ha sido justamente su comprensión y valoración sobre la identidad del laico, y el aliento que dio al desarrollo de grandes movimientos laicales (San Egidio, Schoenstatt, Focolares, Neocatecumenales, Comunión y Liberación y tantos otros), así como al protagonismo de laicos competentes en las Academias de Ciencias vaticanas y en otros organismos eclesiales. Se corre el riesgo de que se abra una brecha demasiado grande entre la reflexión y la autoconciencia generada entre los laicos más comprometidos y la conciencia que sobre este proceso tienen los sacerdotes, religiosos y religiosas.

Aún hoy, las definiciones que muchas personas consagradas ofrecen sobre en qué consiste ser laico, suelen establecerse por la negativa: los laicos son quienes no están consagrados, quienes no son religiosos. Otra variante igualmente limitativa es la definición por asociación casi automática de la vocación laical con la vocación al matrimonio, vocaciones que pueden coincidir en la vida de una persona, pero que constituyen dos llamados diferentes y con entidad propia.

El lenguaje eclesial cotidiano es expresivo de estas inercias. Todavía perduran expresiones como la de tener “la” vocación –entendida por consagrarse con votos-. La vocación laical demasiado a menudo se percibe aún por los propios laicos como una vocación “residual” o de descarte: si uno no tiene “la” vocación se “queda” como laico.

La consagración del mundo como espacio de realización del ser y misión del laico implica cuestiones complejas y en muchos casos novedosas para la vida de la Iglesia: la legítima autonomía del orden secular, la apertura de espacios pastorales de seguimiento de los laicos comprometidos con lo social allí donde están –la “pastoral sectorial” o de las “ágoras”, como las define Juan Pablo II en *Centesimus Annus*-, y no solamente en las parroquias y escuelas, el necesario diálogo adulto entre laicos comprometidos en los campos de la política, la cultura y la sociedad y los obispos, teólogos y consagrados que redactan los documentos eclesiales que se espera iluminen la vida del Pueblo de Dios, y tantas otras.

Un trabajo sistemático y conjunto entre religiosas y laicos, de revisión y superación de las inercias que tienen que ver con el lenguaje, las imágenes, y las formas de seguimiento pastoral que asociamos a la vocación de laicos y consagrados, sería necesario para “apresurar” los tiempos de una auténtica comunión.

## II. 2.- “CORDIAL PERTENENCIA” Y COMÚN VIVENCIA DEL CARISMA FUNDACIONAL.

“Apresurarse” en la vida de la Iglesia puede implicar regresar a los orígenes: en las comunidades cristianas primitivas los roles de la autoridad eran mucho más cercanos a la comunidad, y mucho más intercambiables. No había una frontera tan delimitada entre qué podían hacer los vírgenes y qué los no-vírgenes. En lo más central de la vida de la Iglesia primitiva estaba la conciencia profunda de lo que Pablo expresa en su discurso sobre los carismas en Corintios: no todos son cabeza y no todos son manos... pero todos forman parte del Cuerpo de Cristo (Cfr. 1 Cor. 12, 12-31)

Pareciera que a lo largo de los siglos esa maravillosa metáfora de la unidad ha quedado reducida a señalar que están quiénes son la cabeza y quiénes son las manos, y que las manos están para hacer lo que dice la cabeza. Una lectura atenta de San Pablo nos alienta a valorar quién es en nuestra comunidad educativa el corazón que vigila e impulsa desde lo afectivo, quién es músculo que puede aportar una cuota extra de impulso, quién es el hueso que mantiene unida a un grupo, y valorar que no necesariamente el ejercicio de la autoridad es la única relación posible.

En directa relación con una mirada al Cuerpo de Cristo y a la propia comunidad desde la “unidad en la diversidad”, Von Balthasar hablaba del “carisma petrino” (el asociado a la autoridad jerárquica) y del “carisma mariano” en la Iglesia, tema que fue retomado por Juan Pablo II en la *Mulieris Dignitatem* para señalar que en la Iglesia el primado más importante es el primado mariano –y femenino- del amor. “Este perfil mariano es igualmente –si no lo es mucho más- fundamental y característico para la Iglesia que el perfil apostólico y petrino, al que está profundamente unido... La dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina, aunque esté estrechamente unida a ella y sea complementaria” (MD 27, nota55). Por definición, religiosas y laicos somos expresión del carisma mariano, y ésta “imitación de María” debería ser un camino espiritual común para laicos y consagrados.

No quisiera que estas referencias sonaran excesivamente espirituales o teológicas, porque una nueva valoración del ser y misión –kerigma- de laicos y consagrados implica muchas consecuencias prácticas para la vida concreta de una comunidad educativa.

Quisiera señalar básicamente tres desafíos concretos en este sentido:

### **a- Necesidad de generar nuevos espacios de pertenencia para los laicos más comprometidos con el carisma de la Compañía:**

El Espíritu Santo regaló a la fundadora de la Compañía de María un carisma que puede y debe ser vivido por laicos y religiosas en un espacio de cordial pertenencia, de fraternidad, de amor recíproco. Seguramente en cada comunidad hay un pequeño grupo de directivos y docentes laicos, o padres y madres de familia que están particularmente cercanos a la espiritualidad y a la vida cotidiana de la Compañía.

En congregaciones más recientes hay espacios previstos en los Estatutos para esos laicos y laicas que se sienten especialmente comprometidos con el carisma fundacional (como los “cooperadores” salesianos, o los laicos asociados al Instituto secular de Shoenstatt). Sin embargo, estas figuras jurídicas no son indispensables, y no se requiere necesariamente hacer reformas estructurales ni modificar los estatutos, para abrir espacios novedosos de pertenencia a los laicos y laicas más comprometidos de cada comunidad. Este tipo de espacios de encuentro de los laicos que se sienten identificados con el carisma, en donde tienen una posibilidad de apropiarse del carisma por sí solos o acompañados por religiosos son muy ricos, y ayudan en el sentido del acompañamiento espiritual a los laicos, y también contribuye a darle al diálogo con los religiosos otra entidad, menos disimétrica.

Un desafío importante en este sentido sería generar espacios de pertenencia que de alguna manera den visibilidad y pertenencia a laicos y laicas que compartan más estrechamente con las religiosas la vida del carisma, donde puedan ser alimentados espiritualmente por él, y puedan interactuar más “familiarmente” con las religiosas, también en la toma de decisiones.

No se trata de llegar a “delegar tareas en los laicos” sólo cuando no tenemos vocaciones para sostener los cargos que antes eran exclusivos de las religiosas o religiosos. Sabemos que hay congregaciones que han prácticamente “arrojado” a los laicos responsabilidades sobre las obras, sin poca o ninguna preparación previa o acompañamiento espiritual durante la transición.

Entendemos que la opción de generar nuevos espacios para los laicos tiene que ver con una eclesiología de comunión, no exclusivamente con decisiones estratégicas de distribución de recursos humanos. Se trata de compartir responsabilidades con los laicos, pero también de generar otro tipo de encuentro y de acompañamiento espiritual y afectivo en la vivencia compartida del carisma.

En este sentido, muchas congregaciones han comenzado por generar movimientos juveniles propios, que no sólo son semilleros de vocaciones religiosas sino también son espacios de crecimiento conjunto de nuevas generaciones de personas –laicas y consagradas- vinculadas al carisma.

Se ve claramente que hay congregaciones que han logrado generar movimientos juveniles, espacios de pertenencia para los estudiantes con mayor convicción, y que no casualmente siguen teniendo vocaciones, y se da en cambio la paradoja de Órdenes religiosos con colegios enormes y sin vocaciones.

#### **b - Alentar la corresponsabilidad de todos los laicos y laicas de la comunidad educativa**

Esta opción por la común vivencia del carisma sustenta la asunción de co-responsabilidades con todos aquellos laicos y laicas que están dispuestos a asumirla.

Normalmente se piensa en co-responsabilidad en términos de adultos, y dentro de ellos, sobre todo en los directivos y docentes. Es importante marcar que esta co-responsabilidad que naturalmente se tiene que dar entre los directivos – sean laicos o religiosos- se tiene que dar también entre los directivos y los docentes, y debiera darse en cuanto a la misión educativa y evangelizadora, también en relación con el personal administrativo y no-docente.

Una de las cosas que desde la pedagogía está cada vez mas clara es que “el currículo oculto de la escuela” lo dictan todos los adultos que conviven en la institución. La Escuela educa a través de los discursos explícitos, de los conocimientos que trasmite, pero educa también en los modelos de convivencia que presenta a los estudiantes. Hay escuelas donde la portera es un personaje clave, y la actitud con la que recibe a los niños y sus familias dice más de la escuela que muchas “misiones institucionales”. Estos roles evangelizadores laicos muchas veces no son suficientemente valorizados, y tienen que ver también con la misión educativa. También los laicos y laicas que ocupan puestos administrativos y no docentes requieren de acompañamiento espiritual y de espacios de co-responsabilidad para poder optimizar su aporte a la comunidad educativa.

Por su parte, los y las estudiantes pueden y deben ser vistos como laicos en formación y como colaboradores en la misión evangelizadora de la Compañía. Es importante repensar en nuestros estudiantes como personas que, si bien están en un proceso de discernimiento vocacional por el solo hecho de ser jóvenes y a los que hay que acompañar en un camino de discernimiento sobre su futuro, en lo concreto y en el presente son laicos, a acompañar como tales y como co-responsables en la misión evangelizadora.

### **c - Los padres y madres de familia: co-responsabilidad y anuncio evangelizador**

La escuela católica ha partido siempre del supuesto – al menos en países como la Argentina, nominalmente mayoritariamente católicos- que si los padres mandan sus hijos al colegio es porque optan por una educación cristiana para ellos.

La realidad es que las familias que envían sus hijos a escuelas católicas son cada vez más “tierra de misión”: especialmente en los grandes centros urbanos, la generación que está mandando a sus hijos a la escuela no tuvo a veces ni siquiera el contacto cultural con la Iglesia que antes significaba la vida de los sacramentos impartidos en la parroquia. Muchos de ellos han crecido sin puntos de referencia religiosos, hay un número creciente de familias separadas, re-ensambladas después del divorcio, y son cada vez más frecuentes situaciones de claro conflicto entre los valores sostenidos en el hogar y los anunciados en la escuela.

La escuela católica debiera verse cada vez más como un lugar de anuncio, de conversión, de necesaria presentación –respetuosa, pero clara; clara, pero respetuosa- del cristianismo frente a la diversidad. Al mismo tiempo, tenemos que seguir ofreciendo la posibilidad de madurar en la fe sin “aguarla” a aquellas familias que sí optaron por la escuela como un lugar de crecimiento religioso para sus hijos.

Creo que esta situación desafía a la escuela católica a generar una doble dinámica:

- Por un lado, es imperioso sumar a la co-responsabilidad evangelizadora a aquellas familias que se identifican con la misión de la escuela. Son los padres, madres y estudiantes quienes mejor podrán llegar a evangelizar a sus pares en el contacto interpersonal, y se debiera no sólo acompañarlos en una educación permanente a la fe, sino sumarlos como protagonistas de la misión evangelizadora.
- Por otro, es necesario generar estrategias hacia las familias que toleran pero no comparten nuestro mensaje. A este tema dedicaremos el último punto de nuestro aporte.

### **III: UNIDAD EN LA DIVERSIDAD respecto a la comunidad educativa en general y a la comunidad de referencia de la Comunidad Educativa**

Para tomar un ejemplo extremo, en Corea las escuelas católicas tienen un 90% de alumnos de familias budistas, que mandan a sus hijos porque consideran que el nivel académico y la disciplina son buenos. Las escuelas asumen con respeto esa diversidad, y desde ese respeto hacen su anuncio evangelizador. Salvadas las distancias, deberíamos asumir que estamos en una sociedad secularizada, y que no sólo no podemos dar por descontada la adhesión de las familias a la fe católica o al ideario de la escuela, sino que debemos dar el testimonio de necesario respeto a la multitud de creencias que hoy conviven en nuestras escuelas.

En este sentido, seguramente es siempre necesario un punto de equilibrio, no sencillo de encontrar, entre un respeto que se vuelve resignación a no anunciar, y una intención evangelizadora que –si se percibe como imposición- puede terminar por ser contraproducente.

La unidad en la diversidad de la comunidad educativa se expresa de maneras diversas en la relación entre los no-creyentes y con los creyentes de otras religiones.

Sobre todo los países que somos mayoritariamente de religión católica, tenemos todavía que crecer mucho en el conocimiento y respeto por los creyentes de otras religiones. Así como necesitamos una formación en lo que hace a la comprensión de la identidad del laico, necesitamos formación para el diálogo ecuménico e interreligioso. Estos diálogos han avanzado mucho en los últimos años, pero sin una adecuada formación de las religiosas y los laicos y laicas involucrados, el diálogo interreligioso o

ecuménico puede convertirse en un encuentro “light”, que ofrece una pátina de acuerdos superficiales en el mejor de los casos y confusiones sincréticas en el peor.

El vínculo con los padres/madres/estudiantes que no comparten la fe, y que se profesan agnósticos o ateos, puede ser una actitud de anuncio y acogida, o de sutil condena o exclusión. Ya en casi ningún colegio católico se excluye a las familias agnósticas o divorciadas, por ejemplo, pero que no los excluyamos no quiere decir que hayamos pasado a una actitud de acogida evangelizadora. Me da la impresión que hemos quedado en una especie de limbo en dónde no excluimos a nadie, pero tampoco hacemos algo en especial para evangelizar a quienes no creen.

Cultivar la fraternidad y el amor recíproco es también un tema clave con esa porción de la comunidad educativa que no comulga plenamente en la fe. Nuestro amor al otro tiene que partir del respeto, pero no imponer no significa dejar de amar la verdad. Si las verdades que surgen de la fe pueden no resultar simpáticas ni políticamente correctas, eso no excluye que yo tenga el derecho -y el deber- de anunciar el “esplendor de la verdad”, que es siempre el “esplendor de la caridad” (*Veritatis Splendor*).

¿Cómo ofrecemos oportunidades de compartir ese esplendor de la Verdad-Caridad a quienes no comparten nuestra fe? Tenemos el grupo misionero, o el grupo de oración, para los estudiantes o las familias que espontáneamente adhieren. ¿Y qué ofrecemos a los demás?

También el hermano que no cree o cree no creer, muchas veces practica el amor cristiano más eficazmente y más meritoriamente que muchos de los que conocemos todos los documentos eclesiales. La caridad concreta, el amor preferencial por los pobres, es un espacio de encuentro al que podemos convocar a toda la comunidad educativa sin exclusión. Si nuestra acción solidaria no es simplemente trabajo social, sino una acción evangelizadora en sí misma, el “esplendor de la caridad” será uno de los caminos privilegiados de evangelización también para los estudiantes y padres protagonistas.

Por otra parte, si la comunidad educativa no está en un diálogo de amor solidario con la comunidad de la que forma parte -que es más amplia que la comunidad educativa- pierde una dimensión educativa fundamental. Hablamos mucho de la formación integral de las personas, pero si la escuela queda encerrada en lo académico, en el mero anuncio y no incluye esta práctica de la salida hacia la comunidad, no sólo pierde una dimensión de testimonio sino que pierde una dimensión educativa.

Educar para la solidaridad, generar proyectos en los que los estudiantes apliquen lo que aprenden en la escuela al servicio de la comunidad<sup>1</sup>, en los que las familias puedan involucrarse, implica generar una propuesta de educación en valores apta para creyentes y no creyentes. Si enseñamos a nuestros estudiantes a amar al prójimo, no importa lo que haya quedado de nuestra catequesis, en el último día podrán aprobar ese “examen final” que todos tendremos que enfrentar: “Estaba desnudo y me vestiste, tenía hambre y me diste de comer...” (MT, 25).

Cuando aprendemos a amar al prójimo, tarde o temprano de alguna manera el Señor se manifiesta (“a quien me ama me manifestaré”), y seguramente se manifestará también a aquellos a quienes nuestras palabras no llegaron.

En definitiva, proponemos generar comunidades educativas de laicos y religiosas co-responsables de la misión evangelizadora, que den testimonio de amor recíproco y unidad en la diversidad, y que desde el respeto a la diversidad ofrezcan a todos los miembros de la comunidad educativa oportunidades de amar al prójimo con obras y de verdad.

Buenos Aires, fiesta de la Asunción de María, 2005.

---

<sup>1</sup> La propuesta pedagógica del “aprendizaje-servicio”. Cf. [www.clayss.org](http://www.clayss.org); [www.me.gov.ar/edusol](http://www.me.gov.ar/edusol); [www.nylc.org](http://www.nylc.org)

